

cuya llave tenía siempre consigo. Aquel baulito traía inquieta á Cosette por el olor embalsamado que despedía.

El baulito no se separó nunca de él; siempre le tenía en su cuarto. Era lo primero, y alguna vez lo único, que trasladaba en sus mudanzas. Cosette se reía, y llamaba al baulito el *inseparable*, diciendo: —Me da celos.

Juan Valjean no salió al aire libre sin experimentar una profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle Plumet y se quedó con ella; además, estaba en posesión del nombre de Ultimo Fauchelevant.

Al mismo tiempo alquiló otras dos casas en París, con objeto de atraer la atención menos que viviendo siempre en el mismo barrio; de poder ausentarse á la menor inquietud que sintiese, y de no encontrarse desprevenido, como la noche en que se escapó tan milagrosamente de Javert. Estas otras dos casas eran dos edificios feos y de pobre aspecto, en dos barrios muy separados uno de otro; uno en la calle del Oeste, y otro en la del Hombre armado.

Iba de cuando en cuando, ya á la calle del Hombre armado, ya á la del Oeste, á pasar un mes ó seis semanas con Cosette, sin llevar á la tía Santos. Le servían los porteros, y pasaba por un rentista de las cercanías que tenía un apeadero en la ciudad. Aquella gran virtud tenía tres casas en París para huir de la policía.

II

JUAN VALJEAN GUARDIA NACIONAL

Por lo demás, y hablando en rigor, vivía en la calle Plumet, donde había arreglado su existencia del modo siguiente:

Cosette con la criada ocupaba el pabellón, tenía la alcoba principal con los entrepaños pintados, el gabinete de las molduras doradas, el salón del presidente, adornado de tapicería y de grandes sillones, y el jardín. Juan Valjean había mandado poner en el cuarto de Cosette una cama, con pabellón de damasco antiguo de tres colores, y una hermosa alfombra de Persia, antigua también, comprada en la calle de Fiquier-Saint-Paul, en casa de la tía Gaucher; y para evitar la severidad de estas magníficas antigüedades, había combinado con esta prendería todos los muebles graciosos y elegantes de las jóvenes, el tocador, la biblioteca, los libros dorados, la papelera, el costurero incrustado de nácar, el neceser sobredorado y la palangana de porcelana del Japón. Grandes cortinones de damasco de fondo rojo de tres colores, semejantes á los de la cama, colgaban ante las ventanas del primer piso: en el bajo había colgaduras de tapicería. Todo el invierno la casita de Cosette estaba caldeada de arriba abajo. Juan Valjean habi-

taba la especie de portería que había en el fondo del patio, con un colchón en una cama de tijera, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja, un jarro de loza, algunos libros en una tabla, y su querida balija en un rincón: allí nunca había lumbre. Comía con Cosette, y tenía un pan de centeno para él en la mesa. El día que entró la tía Santos, le dijo:—La señorita es el ama en casa.—¿Y vos, señor?—había replicado la tía Santos estupefacta.—Yo soy mucho más que el amo; soy su padre.

Cosette en el convento había aprendido la ciencia doméstica, y arreglaba los gastos, que eran muy modestos. Todos los días, Juan Valjean llevaba á Cosette á pasear del brazo. La llevaba al Luxemburgo, á la alameda más solitaria, y los domingos á misa, siempre á Santiago de Haut-Pas, porque estaba muy lejos. Como aquel era un barrio muy pobre, daba muchas limosnas, y los desgraciados le rodeaban en la iglesia, lo que le había valido el título que Thénardier le había dado: *Al señor bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut-Pas*. Llevaba á Cosette á visitar á los pobres y á los enfermos. En la casa de la calle Plumet no entraba ningún extraño; la tía Santos llevaba las provisiones, y Juan Valjean iba por sí mismo á buscar el agua á una fuente cercana del boulevard. Guardaban la leña y el vino en un espacio medio subterráneo, tapizado de conchas, que estaba cerca de la puerta de la calle de Babilonia, y que había servido en otro tiempo de gruta al señor presidente, porque en tiempo de las Locuras y de las Casitas no había amor sin gruta.

En la puerta excusada de la calle de Babilonia había una de esas cajas ó buzones que sirven para recoger cartas y periódicos; pero como los tres habitantes del pabellón de la calle Plumet no recibían ni periódicos ni cartas, utilizaban esta caja, guarda-

dora en otro tiempo de amorcillos y confidente de un golilla petimetre, para las cédulas del cobrador de contribuciones y las papeletas de guardia; porque el señor Fauchelevent, rentista, era guardia nacional; no había podido escaparse de las apretadas mallas del censo de 1831. El empadronamiento municipal había llegado en aquella época hasta el convento del pequeño Picpus, especie de nube impenetrable y santa, de donde Juan Valjean había salido venerable á los ojos del alcalde de barrio, y, por consiguiente, digno de hacer guardias.

Juan Valjean se ponía el uniforme y entraba de guardia tres ó cuatro veces al año, y lo hacía con gusto, porque el uniforme era para él un correcto disfraz que le mezclaba con todo el mundo, dejándole solitario. Juan Valjean acababa de cumplir sesenta años, edad de la exención legal, pero no aparentaba más de cincuenta; y, por otra parte, no tenía deseo alguno de librarse de su sargento mayor y de burlarse del conde de Lobau: no tenía estado civil; ocultaba su nombre, ocultaba su edad, ocultaba su identidad, lo ocultaba todo; y, como hemos dicho, era un guardia nacional de buena voluntad. Toda su ambición era asemejarse á cualquiera que pagase contribución. El ideal de este hombre era, en lo interior, ser ángel, y en lo exterior, contribuyente.

Hagamos notar aquí una cosa: cuando salía con Cosette, se vestía como hemos dicho, y parecía un militar retirado. Cuando salía solo, que era comunemente por la noche, iba siempre vestido de una blusa y de un pantalón de obrero, y una gorra que le ocultaba el rostro. ¿Era esto precaución ó humildad? Ambas cosas á la vez. Cosette estaba acostumbrada ya al aspecto enigmático de su destino, y apenas notaba las rarezas de su padre. En cuanto á la tía Santos, veneraba á Juan Valjean y hallaba bueno todo

lo que hacía. Un día el carnicero, que había visto á Juan Valjean, le dijo:—Es buena pieza;—y ella respondió:—Es un santo.

Ni Juan Valjean, ni Cosette, ni la tía Santos, entraban ó salían más que por la puerta de la calle de Babilonia; de modo que, á no verlos por la verja del jardín, era difícil adivinar que vivían en la calle Plumet. Esta verja estaba siempre cerrada, y Juan Valjean había dejado inculto el jardín para que no llamase la atención.

Pero en esto se engañaba.

III

FOLIIS AC FRONDIBUS

Aquel jardín, abandonado completamente hacía más de medio siglo, había llegado á ser extraordinario y hermoso. Los transeúntes se paraban á contemplarle hace cuarenta años, sin sospechar los secretos que ocultaban sus verdes y frescas espesuras.

Más de un hombre meditabundo ha tratado varias veces de penetrar indiscretamente con los ojos y con el pensamiento al través de los hierros de aquella antigua verja en forma de cadena, torcida, movediza, sostenida por dos pilares verdosos y enmohecidos, y coronada caprichosamente por un montón de indescifrables arabescos.

Había en un rincón un banco de piedra, y una ó dos estatuas cubiertas de moho; algunos encañados, deshechos por el tiempo, se pudrían arrimados á las paredes; no había ni calles, ni césped; sólo abundaba la grama. Puede decirse que había desaparecido la jardinería, y la había reemplazado la naturaleza. Abundaba la mala hierba, admirable fortuna de un pobre rincón de tierra. Los alelíos crecían libre y espléndidamente, y nada contrariaba el esfuerzo sagrado de las cosas hacia la vida; nada impedía su venerable desarrollo. Los árboles se habían inclinado